Discurso de la profesora titular de la UNED, Ana Jimena Deza Enríquez, con motivo del Acto de celebración del patrón de la Facultad de Filología y en homenaje a los profesores jubilados desde 2000 y en 2020-21, presidido por el Excelentísimo y Magnífico Rector, Sr. Ricardo Mairal Usón, en el día 20 de abril de 2022.

* * * * *

Recuerdos de un pasado imborrable

Excelentísimo Rector, querido amigo; Ilustrísimo Decano, querido amigo; señora secretaria de la Facultad, querida compañera

Algunos de los que estamos aquí pertenecemos a una época fascinante, en la que, consolidado el triunfo de los Beatles o de los Roling Stones, o en medio de los éxitos de Serrat y Ana Belén, se desarrollaba nuestra etapa universitaria, tan fecunda, a pesar de verse salpicada por hechos sombríos como la entrada de los "grises" a caballo en nuestra Facultad de la Complutense, mientras nosotros seguíamos asistiendo a clase bajo el miedo. O aquellos momentos históricos en que, desde Francia, nos llegaban los ecos de las protestas bajo el movimiento estudiantil de Mayo del 68. Pero, si por algo quedó marcada, fue por un acontecimiento determinante: la Transición, en la que los grupos feministas se abrían paso en el alcance de más derechos y en el logro perenne de la igualdad de la mujer.

Mi incorporación a la UNED tuvo lugar en 1976, mas cuando llegué a ella no sabía que nuestra universidad no pasaba de ser una infante. Es más, lo supe hace muy poco. Fue este año del aniversario, 2022, cuando, tras 47 años a su servicio, reparé en ello. Por eso quiero compartir con vosotros lo que he dado en llamar *aquellos maravillosos años*.

En ese tiempo solo existían dos edificios. Ubicados ambos en el Campus del Rosal —único existente hasta el momento—, ocupábamos el espectacular bloque que se vislumbra desde la carretera de La Coruña y que era conocido por su forma como "La petaca". Por aquel entonces, los Departamentos de Lengua y Literatura estaban fundidos en uno solo; es más, los profesores de ambas ramas nos mezclábamos en un mismo despacho en el que solo había tres mesas bastante próximas y un teléfono, solo uno. Allí estábamos MariLuz Gutiérrez, Manuel Esgueva, Concha García Otaola, Conchita Ortiz, Pilar de Vega, Lola Antigüedad, Teudiselo Chacón y yo por Lengua, junto a Amelia García Valdecasas, Pilar Espín, José Rico, Pepe Caparrós y, posteriormente, Pepe Romera, por Literatura. Nuestro único director era Antonio Quilis.

En aquel entonces, nosotros lo hacíamos todo: redactábamos los libros conocidos como Unidades Didácticas, corregíamos exámenes de lo que nos tocase, incluido Acceso (de hecho yo entré como Profesora de Literatura Española), nos comunicábamos telefónicamente con los alumnos y salíamos a examinar o a dar convivencias. También redactábamos guiones literarios que leíamos —yo al menos— por la radio. Por las tardes, íbamos con nuestro jefe a tomar café al edificio de al lado. Ese segundo edificio albergaba el Rectorado, más un salón de actos, una reducida biblioteca y una cafetería desde la que se vislumbraban los exuberantes bosques de El Pardo. La calle de bajada a dichos edificios era un camino sin asfaltar, al igual que la

actual que envuelve por detrás a la "Petaca", de modo que cuando llovía nos solíamos llenar de barro. Solo había un aparcamiento al lado del edificio del Rectorado, que consistía en un simple techado de paja. El silencio y la paz eran totales. El ambiente, idílico.

Y en cuanto a la convivencia, formábamos una piña. Tal vez el escaso número nos vinculaba más e, indudablemente, las comidas que Quilis organizaba una o dos veces por curso acrecentaban dicha unión. Entonces no había envidias. Los años allí transcurridos fueron mágicos.

Muy pronto me di cuenta de que la UNED es la universidad de los libres, de aquellos que trabajan y estudian a la vez, como también lo es de los presos, quienes encuentran en ella la posibilidad de formarse y redimir así su dolorido tiempo. Ha ido creciendo de forma exponencial, y deberá seguir siendo la singular institución que atraviesa varios paralelos y llega hasta la Tierra de Fuego, la que se cuela en todas las casas del ancho mundo, gracias a su formidable tecnología cada vez más sofisticada.

En todos estos años, desde el principio como he dicho, en 1976, he trabajado muchísimo, a destajo, pero no puedo estar más orgullosa de pertenecer a esta institución, ya que me lo ha dado todo y nunca me ha fallado.

La UNED ha sido, es y siempre será mi casa.

Muchas gracias